

EL DANDYSMO

Conferencia que tuvo lugar en el Pazo de Mariñán (La Coruña) en el Curso de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, el día 10 de Abril de 1985.

Se repitió en Cartagena y Lorca en Enero de 1993 dentro del Curso *El oro de los tigres* de la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

Señoras y señores, buenas tardes.

Cuando se planearon estas conferencias, había una divisa común: no iba a tratarse de una serie de intervenciones aisladas, sino que pensamos en una especie de continuo que exaltaría aquellos aspectos de la vida que parecen más obsesivamente silenciados por la muy triste y muy mediocre sociedad en que nos hemos convertido.

Por eso se agruparon bajo el nombre de *El oro de los tigres*, como desafío y vindicación de la excepcionalidad, y por eso se midió mucho quiénes podían intervenir como conferenciantes. Pues en este inmenso hundimiento de nuestra Civilización, no han sido los artistas, los escritores, los últimos en someterse, sino, sin duda, de los primeros en correr felices hacia el pesebre de oro -de baño de oro, mejor-, y no es tan fácil, créanme, encontrar espíritus limpios que todavía siguen considerando que lo más estimable de la existencia es el buen gusto, la inteligencia, el deseo de comprender, el desprecio y soslayo de la imbecilidad, el disfrute de los placeres que la carne pone a nuestro alcance y desde luego el absoluto derecho a la disidencia, al individualismo más apasionado y a la libertad de pensamiento, gestos y afectos.

Se trataba entonces de buscar qué personaje podía simbolizar mejor esa cara de la moneda. Y tras darle algunas vueltas me acordé de aquellas venerables figuras, los dandys, que llenaron con su elegancia, con su desprecio y con su grandeza, gran parte

de estos últimos doscientos años. Y de entre ellos, pocos con la rotundidad de aquel inglés que fue Lord Brummell.

Por eso he decidido exponerles aunque sea por encima, el fulgor de esos suicidas.

Quiero empezar por la definición que de Dandy razona la Enciclopedia Británica. Y no por ir apilando erudición, sino porque creo que delimita perfectamente el concepto. Y, sobre todo, porque aconseja no ampliar el término más allá de su preciso marco. Dice la Enciclopedia en su volumen **IV** -y aprovecho para recomendarles que busquen ediciones anteriores a las imaginadas de cara a los EE.UU., quiero decir que compren las antiguas-; dice la Enciclopedia, repito, que el artículo aparece entre 1813 y 1816 como forma coloquial en Londres para designar a los singularmente elegantes del momento, sin duda derivada del francés «dandin» (que tendría un sentido peyorativo). Stendhal, en *LE ROUGE ET LE NOIR* -le diría Matilde de la Môle- adjudica a Julien la categoría de dandy.

Hacia mediados del siglo XVIII había sido fundado el Club Macaroni, compuesto por jóvenes de artificiosas maneras y atuendo; su símbolo radiante fue Charles James Fox. El «Bello» Brummell llegaría a convertirse en el indiscutido dictador de ese mundo de espejos. Su gloria residió en su vestuario, asegura la Enciclopedia.

Y digo que conviene limitar el concepto a ese espacio histórico, porque he leído en varios tratados -Rulhiere, Baudelaire, d'Aurevilly, el capitán William Jesse, de Banville, Walter Pater, Barthes, Balzac, Wilde y hasta en no lejanas aportaciones hispanas al tema -una pretensión que estimo desmesurada, de extender las características del Dandy a todo ser destacado de cualquier época (unos cuantos rasgos extravagantes bastarían para asegurarle la etiqueta). Y creo que así olvidamos que ya en

todas las épocas fueron perfectamente reconocidas tan singulares criaturas, reconocidas y veneradas (lo que no sucederá con el Dandy; me refiero a una veneración generalizada de la sociedad), y que cuando de pronto aparece en Inglaterra, el Dandy, si bien éste se inscribe, como sus ilustres antecesores, en la magnífica galería de seres excepcionales, lo será con unas particularidades intransferibles y que por cierto son las que obligan a acuñar esta voz. Siendo Brummell niño, aún no existía el calificativo. Cuando sus amigos trataron de colgarle algún apodo que revelara su juvenil y muy particular sentido de la elegancia, se vieron obligados a recurrir a "Buck", que matizaba una remilgada elegancia fría y viril.

Dejaré por tanto el término Dandy para un ser humano muy determinado, muy siglo XIX, y aseguro que sin remontarnos a si César perfumaba o no a sus tropas, o si Alcibíades o si César Borgia, Lauzun, Richelieu o el Príncipe de Kaunitz, ya este Dandy rodeado por la burguesía es tema suficiente para alargarnos más de lo deseable.

Comenzaré insistiendo en algo que de entrada diferencia al Dandy de todos los «originales» -desde el Dios al «Bello»- de épocas anteriores. Todos aquellos, porque los que no eran hijos de la misma fueron encumbrados, solían pertenecer a la capa más alta de la sociedad. El Dandy va a personificar de cierta manera, aun cuando algunos de ellos sí pertenecieran por nacimiento a esos linajes, un código absolutamente desvinculado del poder; poder y titulares del mismo que incluso ocuparán un primerísimo lugar en el catálogo de desprecios del Dandy. El Dandy es la rebelión, o ni siquiera eso, porque rebelarse hubiera representado ya un interés que el Dandy ni considera; es, mejor dicho, otro poder que por propia naturaleza se sitúa al margen de una sociedad a la que, y con razón, considera estéticamente inferior a él. Y además, a diferencia de sus antecesores en el cultivo de la excepcionalidad, si aquellos culminaban la exhibición de un exotismo que no era sino el gesto supremo de su estirpe, el Dandy

empezará por negar con su gesto a los poderosos de su tiempo y cualquier cosa nacida de ellos, pues los considera tan inferiores como al más rústico de sus contemporáneos, ya que su rápida ascensión social y acomodo en los nuevos (y viejos) palacios, no iba acompañado por ese sentido superior, lujoso de la existencia, que en suma es lo único que al Dandy le interesa y que el Dandy vindica.

El Dandy, *per se*, exalta unas formas de vida que no hay ni que decir estaban condenadas por la reciente transformación de la sociedad. Y esa exaltación, como desesperada defensa de ciertos valores notables y voz de alerta ante la mediocridad de los nuevos tiempos, es lo más perdurable de su gesto y aquello que aún hoy nos permite considerar con respeto su ejemplo.

Voy por lo tanto a limitar al Dandy a un período que puede comenzar con el ocaso del «Bello» -Nasch o Bolingbroke serían el más hermoso poniente- y que llega hasta el comienzo de la insurrección proletaria.

Con el Dandy coincide la erupción del volcán Romántico (desde Scott al último narrador), aunque sin duda en los románticos bullía una fe en las consecuencias de su obra de la que muy descreído va a mostrarse el Dandy en su desencanto. Pero en general todos rivalizan en ensalzar un pasado que sueñan por encima de la vulgaridad de su siglo. No es sino el estertor de las minorías cultas. Fin de fiesta -como el afilarse de la nariz en los moribundos -antes de la consolidación de la burguesía y del inicio de la sublevación de las capas más bajas de la sociedad.

Y aunque el Dandy oculte la violencia de su rechazo tras las más heladas e ingeniosas maneras, ni deja de ser un S.O.S. -como tal se inscribe en la historia de las rebeliones- ni esas maneras una barricada ante la brutalidad de los nuevos poderosos. «Almas que se emocionan sólo protocolariamente» se dirá de la Montpensier como ejemplo de esa emoción contenida que es una postrera y orgullosa manifestación de

superioridad natural; sí, pero bajo esa contención late la angustia que supo ver Jean d'Ormesson. Es el espejo frío «que denuncia impasible», según Eugenio d'Ors.

Y es en ese nuevo mundo que en sus entrañas lleva la negación del lujo, del placer, de formas superiores de existencia, de la desigualdad, elevando a cimas modélicas lo que hasta entonces fueran hábitos de ineducados, es en ese marco donde aparece este ser formidable. Recoge algunos rasgos de lo que Chesterfield reflejara en sus *Cartas*, pero lejos está del «Gentleman»; si acaso toma de éste la impasibilidad. Pero no va a vindicar un sistema social rematado ni siquiera la bondad de un alto nacimiento, lo que la mayoría de los Dandys tampoco podrían, dado sus orígenes. El Dandy va a jugar en un escenario donde ya se confunden las clases, o, mejor dicho, donde hasta las nuevas minorías rectoras cada vez más, sombras de la Muerte, ejercerán un poder que simulando el halago e incorporando formas de ser de los inferiores, les permita dominarlos con más seguridad.

Y es en ese campo de juego donde el Dandy va a hacer una apuesta sumamente importante, porque usando la baraja que tiene a mano, y que es la que los nuevos tiempos proporcionan, en su proclamación –que llevará más lejos que nadie, ya que la realiza desprovisto de cualquier instrumento de presión que no sea su propio cuerpo, su arrogancia y la altura de su gesto-, en su proclamación, repito, de la posibilidad de dinamitar la pirámide social y situarse en su cumbre, lo que está haciendo es convertir esa cima precisamente en la conservación de una herencia fascinante. Porque lo que determinará el derecho a esa cumbre no es el poder económico, ni el nacimiento en las nuevas familias acaudaladas, ni la pertenencia al flamante diseño político, sino la elegancia, el gesto, la inteligencia, la capacidad de fascinar, el gusto; esto es -y su aventura me recuerda mucho la del gran Talleyrand, enseñando a comportarse y a vivir a los nuevos poderosos- todo aquello que había consagrado la historia antigua: los

arduos mecanismos del esplendor, eso que hace memorable a una época y a los hombres que tuvieron la dicha de vivida.

Ni que decir que ese desafío del Dandy será aplastado por la sociedad de su tiempo. Lord Baltimore llegó a ser desterrado de Inglaterra por inmoralidad. Pero como suele repetirse en cierto refrán, «algo queda». Y algo quedó. Bajo formas que penetraron la moda, como comportamientos que lentamente impregnaron los modos de la sociedad burguesa en aquellos momentos, hasta como vademécum de caballeros ingeniosos.

El Dandy mantuvo vivos en un mundo cuya divisa iría del «Enriqueceos» al «Soyons mediocres», los estandartes precisamente de «Muerte a la mediocridad», de exaltación de la finura mental, un brillante destino y de la preeminencia de la belleza y de la inteligencia. Humilló con su sola presencia los delirios igualitarios y bien claro señaló que el enriquecerse -cosa, por otro lado, que no requiere ni mucha inteligencia ni sensibilidad alguna- no dignificaba si no iba unido a una superioridad natural y de gusto.

La gran importancia histórica del desafío del Dandy -pues desafío es un gesto tan inapelable, aun cuando él lo llevara a cabo espontáneamente, naturalmente, porque había nacido así, porque era su destino, porque sólo ese vivir le proporcionará su sueño de felicidad- es que en plena efervescencia y fundamento del desorden social nacido de la Revolución Francesa; esto es, cuando aún no era ni la sombra del horror en que habría de transformar el mundo, ya el Dandy, al trazar el plano de su desprecio, dibuja el gran error de aquella, lo señala y condena: Toda ocupación de la cima de la pirámide social por gentes de dudosa honorabilidad, de indiscutible mal gusto, de depredadoras ambiciones económicas; toda ocupación, en resumen, del poder, por gentes no preparadas casi genéticamente para ello, ilustradas, de exquisito equilibrio moral y un buen gusto tan natural como su respirar... ese feto de olocracia es esencialmente

perverso. La repugnancia del Dandy era intuitiva, pero qué poco erró en su corazonada, pues de qué manera esa nueva etapa del discurso humano, nido de codiciosos y despiadados jayanes, ya engordaba en sus entrañas todo el proceso que culminaría en nuestra sociedad moderna y que tan espantosamente ha alumbrado caos y horror, comunismos, fascismos, valetudinarias democracias, la hecatombe de dos guerras mundiales, por no citar sino de paso el sálvese quien pueda que hoy vivimos nosotros; todo eso, cuyo nacimiento contempla, es condenado por el Dandy con su vindicación, desapasionada, sin esperanza, del derecho de los seres excepcionales, de las criaturas lujosas y superiores, a amojonar el discurso de la sociedad.

Es en este punto donde el Dandy, su imagen, el sentido del Dandy, se revela hermanado al del Artista: Porque se es Dandy, o no se es. Hay algo misterioso que se siente irradiar en ciertos seres, y en otros no. Brummell fue Brummell más allá de su sueño, como Keats necesariamente fue Keats, o aquel joven de Macedonia el Gran Alejandro. Hay algo sagrado en el Artista, en el Dandy, como lo hay en la Locura, y los antiguos lo sabían.

Pues bien, cuando se es, Artista, Dandy, se es la culminación de la especie. Y nadie, ni leyes ni reyes (qué claro lo dejaría Brummell) están por encima. O si lo están por su violencia, el Dandy no ha de reconocerlo, y pagará el precio que sea -para Brummell fue el exilio- antes que abdicar de esa superioridad.

El Dandy jamás duda de esa superioridad que reside en ciertas criaturas, concedida, quien crea en los dioses, por los dioses, quien crea en el azar, por éste. No duda jamás de ella. Encanta siempre por sí mismo, por su presencia, como decía d'Aurevilly, como otros pueden elevarse por sus obras. Ser «sublime sin interrupción» como quería Baudelaire, o, repitiendo a Camus, que también tocó el tema, el «resplandor último» del que debe morir, resplandor que lo justifica absolutamente.

Voy a contarles a ustedes una historia, que imagino quizá aclare algo esta memoria: Se trata de un film, creo que ruso, que se realizó sobre aquella batalla memorable, Waterloo. Bien, no es preciso que acudan a verlo, salvo alguna carga de gran belleza y frases salpicadas en el guión, no merece la pena sino para los fanáticos del género. Pero hay un personaje, el insigne Wellington, que tras hacer una entrada en un baile de Bruselas absolutamente maravillosa, conversa con una dama. Ella le dice, refiriéndose a los soldados ingleses: «Son la sal de Inglaterra». Y Wellington responde sin inmutarse: «No creas, son una pandilla de perros levantiscos. La ginebra es el espíritu de su patriotismo». La dama, no demasiado perpleja, todo hay que decirlo, le insinúa: «¿Y esperas que mueran por ti?». «Ummm», asiente él. «¿Más allá del deber?», insiste ella. «Ummm», vuelve a asegurar el Duque.

Esto es lo que sentía el Dandy como algo natural. No había que buscarlo y mucho menos luchar por ello. Simplemente espera que ese reconocimiento de su soberanía sea el resultado de su sola presencia. ¿Que mueran por ti, o, lo que es lo mismo, que acepten esa superioridad con la misma naturalidad que la Primavera o la inmensidad del Océano? Pues sí, obviamente, porque él es la mejor, la más asombrosa imagen salvada del hundimiento de la Belleza del mundo. Ese mundo -ese pasado-, ese espacio donde fueron posibles seres excepcionales y, sobre todo, porque los gestos que los convertían en excepcionales fueron posibles en ese pasado. Pero el Dandy no intentará lo que ya sólo sería una caricatura de aquel escenario antiguo. Además, luchar es algo fuera de sus sueños. Tampoco lo necesita. Sabe que vive un mundo muerto definitivamente, pero que lo mejor de su memoria pervive en él. Y portador de una herencia radiante, no dejará de exhibirla, fríamente, como un ave solitaria ante la mezquindad de los advenedizos del nuevo orden. Hay una anécdota de Brummell muy aleccionadora -y al mismo tiempo llena de encanto-: Cuando alguien que le había prestado dinero, se

atrevió a reclamárselo, el Dandy le espetó: Usted ya fue pagado. Y cuando el usurero inquirió la ocasión, nuestro caballero respondió inapelable: Aquel día, cuando le saludé a usted.

Resumamos:

El Dandy es la encarnación de la repugnancia de algunos seres maravillosos ante la chabacanería de su tiempo. Hicieron posible lo que se ha denominado «El Bello mundo de la Regencia».

Se diferencia de los «Excepcionales» anteriores en que: 1.º- aquéllos vivieron en un mundo donde su gesto no dejaba de ser el alarde de las formas normales de vida de la minoría rectora. 2.º- aquéllos poseían la fuerza social necesaria para mantener ese gesto y defenderlo, quiero decir: el poder económico preciso. 3.º- la sociedad entera admiraba ese gesto como lo sagrado inalcanzable. Sobre estos tres puntos, recordemos -basta con este ejemplo- a la Confraternidad de la Inimitable Vida de Antonio y algunos alejandrinos, como cuenta Plutarco.

El Dandy, por el contrario, levanta su aventura como rechazo a unos nuevos poderosos, que ya son advenedizos sin gracia y cuyo poder tampoco es ilimitado. Así, suele ser un marginado cuya peripecia acaba mal. La sociedad no admira su gesto, salvo unos pocos compañeros de viaje. Y, además, y lo peor, existe ya en las naciones un ordenamiento legal que hará imposible la existencia de esa fastuosidad; quiero decir: no volverá a elevarse un Panteón ni un Vaticano, ni siquiera una finca como la del abuelo de Yussupov.

El Dandy entonces encarna la rebelión del gusto, la negación de ideologías igualitarias, la defensa del refinamiento y la belleza, de la inteligencia y la sensibilidad. César no fue un rebelde, ni Richelieu. Brummell -a pesar suyo- sí lo será, como Baudelaire. Y por eso es una figura que respetamos y que se hermana con

la del artista.

Pensemos en Brummell. Y empecemos por el final, por ese testimonio indeclinable, asombroso, cuando en las puertas de la muerte, ya pobre y sólo y mirándose en el espejo de la locura, aún cada noche se engalanaba para esperar «a la Inglaterra muerta», los días de su esplendor. No es tan sólo un coqueteo con la destrucción. Es la más sólida y radiante afirmación de la dignidad, la más orgullosa y apasionada defensa de aquella figura que había brillado como el sol, que seguía brillando en esa desolada ceremonia. Vamos a detenemos en el recuerdo de la actuación -eso fue su vida: una representación- de este Dandy sublime, pues ningún otro los simboliza mejor: nuestro querido y magnífico George Bryan Brummell.

Brummell nació en Londres el 7 de Junio de 1778. Su padre fue secretario privado de un pre-dandy, lord North, de quien se cuenta que dormía al son de los discursos del Parlamento. Era la de Brummell familia ciertamente elevada y en su niñez conoció singulares talentos. Estudió en Eton, donde ya se destacó por su donaire. Luego pasó a Oxford, e inmediatamente ingresó en el 10º de Húsares que comandaba el Príncipe de Gales. El futuro George IV tenía un alma casi de Dandy que difícilmente atravesaba su obesidad, esa adiposidad típica de los Hannover.

Se encandiló con nuestro hombre. Pronto Brummell estuvo en la cresta de la ola. La alta sociedad se rindió a su encanto, a la fuerza de su desprecio, a su trato excepcional. Inventó el frac; con esa prenda hizo vestirse a Inglaterra a su medida. Durante un tiempo permaneció como un Dios seguro de su poder, en la indiferencia de su soledad. Porque Brummell erigió como uno de los pilares del dandismo, la soledad. No hay mujeres en su memoria. Hubieran significado una pasión que la única de su vida -su imagen- no podía compartir. Y precisamente ese alejamiento, esa inaccesibilidad le produjo la más inalterable devoción por parte de las damas,

pues si bien humillaba en ellas, como dice con precisión d'Aurevilly, su orgullo novelesco, hacia soñar su orgullo corrompido.

En esa cima helada presidió la Inglaterra elegante de los primeros quince años del siglo XIX. Mas cierto día, y no tardó mucho, esa conciencia superior de que antes les hablaba, ese sentirse por encima -aunque parezca una *boutade*-, por encima de quienes están por debajo, lo lleva a enfrentarse con el Príncipe de Gales. Hay varias anécdotas, ojalá todas ciertas, que narran el suceso... el caso es que las relaciones entre Brummell y el rollizo George, se rompen.

Como siempre sucede cuando un dios cae, la gentuza acude a llevarse pedazos de la estatua. Y así los acreedores que no se sentían ya seguros por el respaldo real, cayeron sobre él. Sus deudas de juego se hicieron efectivas. Fue presa de los usureros.

Por fin llegó el final. Nadie le prestaba dinero. Eligió entonces el 16 de Mayo de 1816 para despedir -no despedirse- aquel mundo sobre el que había reinado. Bello como nunca, cuentan testigos, encantador como nunca, fue a la Ópera. Al salir se dirigió a la costa y dos días más tarde ya no pisaba suelo inglés.

Se instaló en Calais, y con los restos de su fortuna, levantó una réplica de su antiguo gabinete. Algunos nobles ingleses le fueron leales -los duques de York, por ejemplo- y atendieron a sus gastos. Hasta Calais se encaminaron también los restos más brillantes de aquella nobleza que él había hechizado; Brummell siguió reinando desde el exilio. Los editores londinenses le ofrecen muy considerables sumas por sus memorias, pero él se niega. Un Dandy no tiene memoria. Es la memoria de otros. George IV visitó Dover y pasó por Calais buscando una entrevista de reconciliación con Brummell. Hubiera bastado un primer paso por parte de nuestro Dandy. Pero no consintió en ello. El rey dio por cerrada definitivamente la historia.

Por catorce años aún vivirá Brummell en Calais. Las deudas vuelven a cebarse en él;

poco le falta para tocar la miseria. Se le ofrece entonces el puesto de Cónsul en Caen. Brummell acepta, acaso porque negarse hubiera significado elegir en asuntos que un Dandy desdeñaría; pero no desempeña su trabajo, y lo pierde. Aún pudo vivir unos años gracias a que la nobleza de Caen se agrupó en torno suyo y le permitió un reinado póstumo. y fue en este último capítulo de tan notable vida cuando le llegó la locura. Sí, Brummell se volvió loco. Pero fue una locura no menos singular, porque llevó hasta sus últimas consecuencias el dandismo de nuestro personaje: fue eminente como nunca. Se disfrazaba con el viejo uniforme de húsar; por las noches vestía sus mejores ropas, disponía una cena, y aguardaba fantasmagóricos invitados; él mismo los anunciaba, y en esa voz más allá de todos los espejos, desfilaban el Rey y la nobleza de Inglaterra, las damas que habían hecho brillar los salones de su juventud. Fue recluido en el manicomio de Bon Sauveur y allí murió el 30 de Marzo de 1840. No le faltó, como se dijo de Aquiles, un amigo en vida y un poeta para recordado después de muerto.

Si meditamos en ello, creo que no será difícil coincidir en que la figura del Dandy recorre, como antes he dicho, parecida senda que el escritor, o el pintor, o el músico. Su raíz es la misma que la de la creación artística: seres destinados a la grandeza, algunas veces, quizá, a pesar suyo. «Art happens» decía Whister. Lo mismo puede asegurarse los que el Dandy forma parte. El artista existe en su obra, es en su obra, como del Dandy en su gesto. Hijo de una extraña patria -el Arte- defiende con uñas y dientes o con la suntuosidad de su desprecio, ese territorio con el mismo derecho que otros grupos históricos defienden su existencia. Porque el Arte nace inexorablemente –como la Luna, decía Hölderlin- y, durante toda la historia –y jamás como hoy- los artistas han debido defenderse, han debido defender su existencia contra todas las demás fuerzas sociales para cuyo desarrollo nada significaba, o, incluso, peligrosa es la existencia de esos seres maravillosos.

Brummell exhibió su brillante excepcionalidad ante los ojos de una alta sociedad que ya no era capaz de defender esa bandera orgullosa, ni siquiera de permitir que les mostrara el rostro de una grandeza que ya no podían sostener. Su imagen los deslumbró por un instante -« ¿por qué no habría de tener el populacho de los salones, como el callejero, sus grandes ilusiones?» escribió d'Aurevilly-, pero pronto fue dejado de lado. Como la muerte de Brummell, la del Dandy: los Hallay-CoeIquen, los Charles de Montrond, los d'Orsay, los Montesquieu-Fezensac. Los tiempos harán imposibles tan fulgurantes criaturas. Conocemos burdas substituciones. La muerte del Dandy prefigura en cierta forma la del artista, a la cual estamos asistiendo.

Muchas gracias.